

RAFAEL ILLESCAS FRISBIE

IN MEMORIAM

DR. ROBERTO LLAMAS

ANTE EL TRÁNSITO de un ser humano con quien convivimos en el tiempo, se produce, casi siempre, un sentimiento de dolor. No es necesaria, para que esto acontezca, la ligazón familiar, a las veces ni siquiera la amistad, sino tan solo el nombre y la relevancia de los hechos que conformaron la urdimbre de su vida. Recibimos el casi cotidiano trauma espiritual, la casi diaria noticia de que alguien a quien en una o en otra forma: material, sentimental o ideológica, nos sentíamos ligados, ha dejado de existir. Frente al dolor que esto nos causa se yergue invariablemente la imagen de nuestra propia mortalidad. La misma carne frágil y perecedera.

En la consciencia o en la subconsciencia (inconsciencia gustan otros de llamarla) la presencia de la muerte nos agobia siempre y a no ser que el instinto de la propia conservación se haya derrumbado, la veremos como a un hado cruel, aunque con frecuencia su llegada sea misericordia y liberación.

Se ha dicho que la muerte borra los

defectos y exalta las virtudes; es cierta esta actitud, piadosa en todos aquellos que amaron al ausente. Lo es asimismo cuando se fabrican héroes, cuyas figuras se van nimbando con mayor número de galas y atributos a medida que transcurre el tiempo, para satisfacer la necesidad ingente que de contar con héroes tienen las sociedades humanas. Se forjan así falsos héroes, que no lo fueron para sus contemporáneos, quienes tan solo contemplaron imágenes negativas de crimen, alevosía o errores. Falsos héroes hechos por el tiempo, a la distancia, con escarnio de la verdad histórica.

Pero es verdad también que la muerte, en otras ocasiones, nos revela cuál era la verdadera valía del que se reintegró a la tierra. De pronto nos percatamos de que aquella existencia callada, al parecer mediocre o intrascendente, poseía un significado y una proyección social que no comprendíamos cabalmente.

Con la venia del que escucha o lee, y ésta debió ser pedida antes, mal hilvano mis pensamientos para tratar de

La noticia de la muerte de don Rafael Illescas nos llegó en forma dramática al saber que era en su memoria el minuto de silencio, que puestos de pie, guardaban los asistentes a la sesión de la Academia Nacional de Medicina, del día 30 de abril de 1969, fecha de su tránsito.

Cumplo ahora con el encargo de los directivos de esa institución de recordar al académico, al compañero y al amigo; de trazar una brevísima semblanza que espero sea capaz de dejar en el ánimo de aquellos que no lo conocieron, la impresión de su valía y la altura de sus méritos.

Rafael Illescas hizo sus estudios profesionales en la Escuela Nacional de Ciencias Químicas de la Universidad Nacional de México y obtuvo el título de químico técnico. Experto en la química orgánica y en la industrial, estudioso constante de las mismas, buscó, como una salida más a sus inquietudes científicas, penetrar al alto cenáculo de la medicina y en un tratar de armonizar y ligar sus conocimientos con los propios de la ciencia médica, obtuvo la cátedra de bioquímica, llamada entonces de química médica, en nuestra Escuela Nacional de Medicina y un sitial en esta Academia en química biológica. Eran tiempos en que el desarrollo de la bioquímica y la formación de especialistas se iniciaba en nuestros centros de enseñanza superior. Rafael Illescas profesó esa cátedra durante algunos años con todo el entusiasmo de que era capaz, para abandonarla posteriormente. En realidad no era su campo y dejó el lugar a profesores jó-

venes, especialistas ya en la compleja materia. Sus indiscutibles conocimientos en la química orgánica y en la industrial y su inegable talento que le permitió penetrar en los aspectos básicos de la biológica, en tiempos ya lejanos, cuando esta ciencia no había llegado al crecimiento abrumador que ahora alcanza, constituyeron su bagaje científico. Era un químico técnico de la más alta calidad y un maestro en toda la extensión que el término connota. Amigo y consejero de los estudiantes, sirvió en la cátedra durante muchos años en la entonces llamada Escuela Nacional de Ciencias Químicas y llegó a ser uno de sus más distinguidos directores. Esta Academia Nacional de Medicina contó con su presencia, como socio numerario y en ella presentó algunos de sus trabajos. Justo es reconocer, sin embargo, que el alejamiento de su cátedra en la Escuela Nacional de Medicina, por las razones antes dichas, lo alejó también gradualmente de sus actividades en la Academia de la que era, al fallecer, socio titular. No obstante este alejamiento, lo consideramos como un precursor, como un iniciador en México de la enseñanza de la bioquímica, como un hombre que amó a la medicina y que quiso ser amigo de los médicos al compartir con ellos las inquietudes de la ciencia.

Desempeñó papel muy importante en el desarrollo de la industria química farmacéutica y de la industria química en general en nuestro país. Sirvió como consejero y consultor en diversas probar que es tarea ardua enjuiciar a

todo aquel definitivamente ausente, porque la emoción y la razón precisan, para lograrlo, guardar el justo y muy difícil equilibrio.

empresas, y su laboratorio particular fue como una prolongación de la cátedra en el que encontraron acomodo y conocimientos quienes trabajaron a su lado.

Conocí a don Rafael Illescas hace cerca de veinticinco años, cuando formó parte del grupo de médicos y de químicos que iniciamos las labores del Hospital de Enfermedades de la Nutrición, creado por el Dr. Salvador Zubirán. Desde entonces nos ligó franca y cordial amistad, que brotó espontá-

nea casi desde nuestro primer encuentro, dada la singular simpatía y el ánimo abierto y generoso de que era poseedor.

Al final de su jornada, a los 71 años de edad y al componer esta semblanza breve, pienso en que nuestro existir agitado y presuroso nos hace olvidar, en corto plazo, todo acontecimiento, así sea feliz o desdichado, y una muerte reciente, como lo dijo Alfredo de Musset desde hace más de un siglo, se convierte pronto en una noticia vieja. Tal es el rodar de los días y de los años.

Que sirvan estas líneas para recordar a don Rafael Illescas Frisbie.
